

al verse dueño de tanto dinero y de una mujer que no sabía más que rezar y afligirse por los desfrenos de su marido... porque fué un cerdo, créeme; un glotón soez de todos los vicios. Tuvo, á los dos años, un hijo medio podrido, que no vivió más que el tiempo necesario para heredar á su madre. Pues hoy Sierra-Calva no tiene que comer si no se lo prestan los amigos.

—Pero ¿en qué lo ha gastado tan pronto?

—Ya te lo he dicho: en barbaridades, en mujeres de desecho, en mamarrachadas de habanero cursi, en francachelas con toreros de invierno y chulas de la peor especie... en todo lo más bajo y soez que puedas imaginarte... y en jugar. Aquí, aquí, solamente aquí, en este augusto templo que hemos erigido los varones de la sangre azul para dar culto á ciertas nobles necesidades de nuestras refinadas costumbres, le limpiaron un caudal.

—Según eso, ¿continúa en la casa la afición?

—Y para continuar. Aquí no se hace otra cosa, y se despluma en un credo al lucero del alba. No sé qué demonio de escoba misteriosa hay en estos ámbitos para el dinero. En cuanto entras en ellos con *guita*, te la barren, á pocos deseos que traigas de probar fortuna. Créete que, en buena ley, esto debía arder por los cuatro costados.

—¿Por qué lo frecuentes, si tan malo te parece?

—Porque no sé otra cosa; porque somos así todos los que aquí venimos.

—¡Ay, Manolo! todavía no sabéis vivir en España los hombres del «gran mundo:» tomáis cier-

tas cosas demasiado á pechos, y hay en vosotros exceso de rutina.

—Te equivocas: nosotros sabríamos vivir *al pelo*, como los más listos de *allá afuera*; lo que hay es que nos falta teatro para tantos vicios como tenemos. Esto es poco y angosto todavía; y si has de moverte dentro de ello, tienes que pasar cien veces por un mismo sitio y codearte á cada paso con unas mismas personas.

—Dime otra cosa... debe haber mucha gente tronada de la nuestra, con ese vivir en perpetuo despilfarro, sin apego á ninguna ocupación seria...

—«¡Mucha gente tronada!»... Toda la que bulle y anda en el ajo de nuestras aventuras; y si hay alguna excepción entre ella, es por un milagro de Dios. Aquí todo el mundo gasta mucho más de lo que puede. Y ¡ay del que se quede rezagado por cansancio, ó por deseo de no ser tan mentecato en esta puja de locas disipaciones! Le arrollan... ó le silban, que es peor. Y es natural, ¡qué diablo! Quien debía dar la nota dulce y armónica en este desconcierto de malas pasiones, es la mujer; y bien sabes tú qué agallas tiene la *muestra*. Por eso ya no hay familia, sino entre las gentes oscuras y de poco más ó menos.

—A propósito de hembras denodadas y valerosas: estando yo en Bruselas, *en comisión del servicio*, llegó allí Sagrario Miralta. No hacía dos años aún que se había casado. ¡Qué moza, Manolo! ¡Y qué intención... y qué arte!... En ocho días no dejó un flamenco en su sano juicio. Casi hubo

que echarla de allí por obra de caridad y cuestión de orden público. No acabó de confesármelo ella; pero me consta que se llevó la palma de sus preferencias un potentado y hermosísimo albanés, con zaragüelles y todo. Iba (no el albanés, sino Sagrario) acompañada de su marido que volvía de Spá. ¡Cómo estaba el infeliz! Había que cogerle con tenazas. ¿A quién demonios se le ocurre unir á julio con febrero? Ese casamiento no debía de valer. Fortuna que Gonzalo parecía entonces bien provisto de correa para llevar en santa calma todo lo que acontecía. ¿Qué es de ellos?

—Sagrario, como decía el otro, *sigue continuando*; y si me apuras un poco, más hermosa que cuando tú la viste en Bruselas, á pesar de los años que van corridos; y en cuanto á Gonzalo, hace ya larga fecha que tuvo la buena ocurrencia de morir.

—¡Se murió!...

—Después de inficionar á Archena y de beberse medio Panticosa. Nada le alcanzó. Pues figúrate lo que será su mujer, viuda, libre, rica y casi jamona, sabiendo lo que era de casada.

—¿Sigue dando juego?... ¿Se crece al castigo, como decís los aficionados?

—¡Horrores, Paco... verdaderos horrores!

—¿Y su amiga Leticia?

—Viuda también, y tal para cuál. Sólo que ésta, con ser tan voraz y antojadiza como la otra, es más discreta y disimulada.

—Y ¿de qué murió su marido?

—De un balazo.

—¡Demonio!

—Y por la espalda. Nada más merecido. Estuvo en el fregado del 66, la cuartelada de San Gil, con el honrado intento de ganarse el tercer entorchado y la cartera de Guerra... por de contado, detrás de la cortina, como siempre... y fuera de su casa y bien disfrazado. Después del fracaso de la intentona, y andando ya O'Donnell barriendo las calles de Madrid á metrallazos, no creyéndose bastante seguro en su escondite, salió en busca de otro, con su disfraz de carbonero; y en este viaje le alcanzó una peladilla y le tendió boca abajo. Por disposición testamentaria, hecha pocos días antes á ruegos de su mujer, heredó ésta su enorme fortuna; y no quiero decirte qué vida se estará dando con ella y con lo mucho que ya tenía propio. Pues con ser tanto en conjunto, aseguran que no le alcanza, ¡y que se mete en cada lío, y manipula cada enjuague!... También hay quien dice que es avara, y que lo de los apuros es un pretexto para disculpar los enjuagues y los líos, que ya son famosos en Madrid. ¡Vaya usted á averiguar lo cierto en ese arcano viviente con puntas de Mesalina!

—Leticia y Sagrario, las inseparables amigas, me traen el recuerdo de otra amiga de las dos, que me gustaba á mí mucho, por cierto: Nica Montálvez, la hija del estúpido marqués...

—Reventó de vanidad en un banquete.

—¿Quién? ¿La hija?

—El padre.

—Ya lo sabía yo, con algo más que no me han

explicado bien ó se me ha olvidado. ¿Qué le pasó á la hija?

—Esa es una historia de fondos tan indecentes y criminales como las otras; pero menos antipática por lo que toca á la protagonista. Esta criatura fué de lo más honrado de la clase, dicho sea sin ofensa de nadie, y nació para buena, y aun creo que lo habría sido, á no caer entre un padre tonto y una madre sin educación y sin entrañas, y una caterva de pillos, y de bribones. Era moza de talento y afamada de insensible con los hombres que la galanteaban. Por lo menos, tenía el buen gusto de reirse de todos ellos sin hacer maldito el caso de ninguno. Sospecho que tú puedes certificar, por la parte que te alcanzó...

—Certifico.

—Hasta que dió con un mozo que le pareció muy otra cosa que todos los demás, y se rompió el hielo. El mozo era Pepe Guzmán. Otra prueba de su buen gusto. Cuando más en punto estaba el idilio, se presentó el traidor de la comedia: un banquero estúpido y feo y más ladrón que Brunelo, con dos avaricias insaciables: la del dinero y la de los blasones. Ambas cosas debían de abundar en casa de Nica Montálvez, sobre todo desde la muerte de su abuelo, un traficante muy listo que dejó al imbécil de su yerno una renta de cincuenta mil duros. El susodicho traidor, que aunque robaba al Estado por el ministerio de Hacienda, no lograba desembrollar la suya, porque lo que es obra del diablo no tiene compostura por ninguna parte, em-

pezando por engolosinar al marqués en los negocios, para tantearle la bolsa (que estaba ya menos repleta de lo que el pícaro creía), acabó por deslumbrar á la marquesa metiéndole por los ojos cada diamante como un puño y cada leontina como un cable, y echando por la bocaza, á todas horas, espantos de millonadas. En seguida se alió con ella para que le ayudara á conquistar la mano de su hija. Y la conquistó al cabo, ¡pásmate! Pudo consistir en la fuerza del empuje de los dos aliados, en debilidad ó terror de la víctima, ó en engogimiento, por cálculo, de Pepe Guzmán... ó en las tres cosas juntas; pero la verdad es que el banquero se salió con la suya, aunque un poco *tarde* y aceptando unas condiciones, impuestas por la interesada, de padre y muy señor mío. Se celebró la boda friamente y sin viaje de novios, y comenzaron las catástrofes. La marquesa, como si sólo aguardara á tener por yerno á don Mauricio Ibáñez, se murió á los pocos días de ser su suegra. Entonces cayó el banquero sobre el caudal hereditario con ansias de buitre en ayunas, y vió y palpó que sólo quedaban ruínas de lo que él había soñado filón inagotable de onzas acuñadas. Á todo esto, vivía como un extraño en casa de su mujer, la cual con una premeditación que delataba el consejo y la ayuda de Guzmán, tomando por pretexto una de las impuestas condiciones y ciertos autógrafos del banquero, testimonios irrecusables de los enredos de éste con una pingona de tres al cuarto, al día siguiente al de la boda, es decir, á la

primera y *única* noche de novios, «ahora»—le dijo, con las pruebas del enredillo en la mano—«hasta el valle de Josafat. Usted á un extremo de la casa y yo al otro, y como si nunca nos hubiéramos visto.» Cuentan que el banquero pudo haber replicado algo muy contundente para la conciencia de Nica; pero ó no lo respondió, ó no lo supo, ó su mujer hizo muy poco caso de la réplica; porque el hecho es que la decisión de Nica se cumplió en todas sus partes. Nadie los vió juntos nunca. Cada cual tenía sus negocios y sus horas.

Entre tanto, Pepe Guzmán continuaba siendo amigo de la casa y visitándola de vez en cuando. ¡Y pásmate ahora otra vez! á los ocho meses de casada, tuvo la hermosa Nica Montálvez una niña como unas perlas. Entonces andaba viajando Guzmán; y se cuenta que al volver á Madrid, teniendo ya la niña cerca de un año, en la primera visita que hizo Pepe á su amiga, le colocó ésta delante de un espejo y puso al lado de su cara la cara de la niña. Asómbrate ahora por tercera vez: las dos caras se parecían como un huevo grande á un huevo chico.

—Si el caso pide asombro, creo yo que el asombrado debió ser Guzmán.

—Pues aseguran que no se asombró cosa mal-dita.

—¡Y querías que me asombrara yo! Quien debió llegar hasta el éxtasis del asombro fué el padre... quiero decir, el marido de la madre.

—Ese no podía asombrarse de nada desde que

había aceptado las estupendas condiciones matrimoniales que le impuso la novia, y veía pagado el timo que pensó dar en aquella casa, con otro tan morrocotudo que le había dado á él la difunta marquesa. No solamente estaba su caudal mermado en lo más jugoso y medio en quiebra el resto, sino en manos de un administrador que se pasaba de listo y de aprovechado. De modo que no fueron de gran resistencia los puntales que pudo sacar de allí el banquero para sostener la balumba de sus trampas de agiotista. Por único consuelo se daba como un desesperado á la borrachera de su segunda ambición, y tenía la corona de marqués hasta en los faldones de la camisa; pero el afán de sostener este nuevo lustre de clase, así como su crédito en la Bolsa, le costaba enormes dispendios que le hundían en mayores abismos.

Así fué tirando hasta que triunfó la revolución de septiembre. Entonces sonó, ó creyó él oír que sonaba muy recio la trompeta de su mala fama; era cobarde como todos los de su ralea; Madrid estaba sin gobierno y con todas las pasiones buenas y malas en mitad del arroyo; apoderóse de él un pánico invencible, y de la noche á la mañana se escapó de aquí, dejando sus negocios en quiebra y hechos un bardal. A duras penas logró después su mujer salvar del concurso sus bienes dotales y cuanto en buena ley podía y debía salvar. Fué á parar adonde van todos los pícaros gordos que huyen de la justicia de su patria: á los Estados-Unidos; y allí murió dos años después, de un

torozón que le evitó ser *linchado*, y cuando comenzaba á recoger el fruto de una empresa que había fundado en compañía de otros dos estafadores á la alta escuela.

—¿De manera que también Nica Montálvez está viuda?

—También viuda y también muy guapa.

—¿Y continúa bajo la protección del amigo Guzmán?

—Protección... algo lejana, sí, porque hay motivos para ello. En esa mujer hay indudablemente un fondo honrado y decente; pero al cabo es hembra, hija de su madre y curada por ésta, aunque á la fuerza, de ciertos escrúpulos. Por de pronto, es manirrota para el dinero, y mayores son las ansias que siente de gastarlo, cuanto más negras las dificultades que la pinta Simón, el sempiterno mayordomo de la casa. Al principio andaba por ella Pepe Guzmán anticipándose *delicadamente* á las grandes crisis; pero llegó á parecerle un tantico pesada la *delicadeza*, y se dedicó á viajar más á menudo y más largamente que antes. Estas ausencias pusieron á Nica en gravísimos apuros en muy señaladas ocasiones. En Madrid... y en el mundo entero, hay quien sabe explotar á maravilla esta clase de conflictos; y la marquesa de Montálvez, que estaba obligada á mirar por el patrimonio de su hija y sabía muy bien cuán cerca estaba de *cero* la temperatura amorosa de Guzmán, no teniendo para qué pararse en barras de menos con amigos y protectores que la habían enseñado á saltar so-

bre lo más, hizo alguna vez lo que tantas otras mujeres: dejarse explotar por los explotadores de conflictos económicos, lo más *decorosamente* posible; quiero decir, quitando la odiosidad de lo *útil* con el pretexto de lo *agradable*. ¿Me comprendes?

—¡Pues digo!... ¿Y estás seguro tú de que sean ciertas esas explotaciones... *decorosas*?

—Segurísimo; así como de que han sido muy contadas.

—¿Dónde está, pues, ese fondo «honrado y decente» que la concedías antes?

—Donde debe estar. Ponme una santa rodeada de perdidas y de bribones; persíganla sin tregua ni descanso con ejemplos y sofismas; denle el veneno hasta en el aire que respire... y la misma santa caerá cuanto más una criatura de la cepa de esa infeliz.

—Concedido... por un momento. ¿Lo sabe Pepe Guzmán?

—Lo sabe, y no se extraña de ello... ni debe extrañarse, puesto que él la preparó para esas caídas y para otras que lógicamente han de seguir las, sin un milagro de Dios. Hasta ahora no es Nica Montálvez, en ese particular, una mujer viciosa; pero llegará á serlo, por educación, como sus amigas lo son y lo han sido por naturaleza. Lo que hace Guzmán es alejarse de ella cuanto puede, pero sin perderla de vista.

—¿Luego algo le queda todavía en el fondo del corazón?

—Por ella, nada absolutamente; pero le queda, á no dudar, por la niña.

—¿De modo que la niña vive aún?

—Y es la criatura más angelical, de alma y de cuerpo, que pueda haber sobre la tierra... y al mismo tiempo el mejor testimonio de que existe en su madre ese fondo de honradez en que no te atreves á creer tú. Cómo y lo que la marquesa quiere á esa niña; la escrupulosidad que pone en su incansante cuidado de que no manche sus alitas de ángel ni un átomo del polvo de las impurezas de aquella casa; de que tenga á su madre por la más amorosa y honrada de todas las madres, y de que no sepa cómo se vive en el mundo á que nació destinada, es imposible que puedas imaginártelo. Se necesita tener un alma de oro para sentir estas delicadezas en medio de tantos vicios... Y basta de crónica, amigo Paco, que ya me has hecho hablar en una hora mucho más de lo que he hablado en todo el año. Créete que me he hecho muy avaro de palabras, desde que he caído en la cuenta de que no las merecen la mayor parte de los hombres á quienes trato. ¡Dichoso tú si piensas todavía de otro modo!

Diciendo esto, se iba incorporando Casa-Vieja y levantándose de su asiento. En seguida pidió su abrigo.

—Ahora,—añadió perezosamente...

—¿A casita?—le interrumpió con socarronería su amigo.

—A terminar mi ronda, si no te opones. Después... el demonio dirá, si es que el demonio no tiene á mengua el meterse en nuestros fregados.

—Pues yo me quedo para ir á las tres y media al ministerio de Estado, donde me ha dado cita el ministro.

—Hasta la vista, entonces, y bien venido.

—Hasta la vista, Manolo, y bien hallado.